A L B O R

(Cuaderno de Poesía)

Director: **José Díaz Jácome**

Pamplona, Mayo 1941 Núm 8

4 poemas

por MANUEL ALONSO ALCALDE

Del libro inédito

«Los mineros celestiales»

MANUEL ALONSO ALCALDE

(NACIO EN VALLADOLID EL 7 DE JULIO DE 1919)

A pesar de su nacimiento castellano, la lírica de Alonso Alcalde no traduce la llana serenidad del páramo absoluto. Lírica inserta en fondo submarino, filón de mina o vértebra de montaña. Es muy posible que en la variedad de escenarios de la vida del poeta, en sus evasiones geográficas, radique todo el secreto.

Desde los 7 a los 10 años recibe en San Ginés (Barcelona) la influencia de una potente orografía; y de 1929 a 1936 vive en Valladolid y veranea en Deva, contemplando, en fuga de viajero, los peñascos de Pancorbo, para escuchar en el litoral la recia canción del Cantábrico y aprender la lección abrupta de la Cordillera del Norte.

Después de una etapa de clasicismo (1929-32), se dá a la lírica moderna (1932-35), retrocediendo luego (1936-39) a una estética pasada, para iniciar más tarde, en Septiembre del 39, después de su estancia en el Pirineo, el ciclo de los grandes poemas que hoy presentamos: encrespados y fuertes como las cumbres de Benasque, y afectivos como su espíritu sentimental. En esta lírica del presente, nuestro poeta ya tiene maduro su acento y es dueño de su voz.

PASTOR DE LOS TOROZOS.—Soneto bravío, lleno de verdad. Se puede decir que es un poema paleolítico que reclama su grabado bajo las pinturas rupestres de la cueva de Altamira.

DE PIE EN EL MALADETA.—Se ratifica el influjo poderoso de la cumbre sobre la conciencia del verso. Reaparece el impulso a poetizar lo científico, a dar a las mineralógicas evocaciones validez sentimental. Vibra el dolor angustiado de sentirse encadenado a la montaña; pero todo se dulcifica con el alpinismo divino de la mirada al cielo...

EL GRAN SILENCIO.—Poema de cósmico volumen y terror milenario. Conjugación de pánico y ternura, que basta para suscitar en el futuro la presencia del poeta. Se sueña con angustia en la hora apocalíptica. Se llora el dolor de la abeja y del musgo. Se hiela la sangre con ese Gran Silencio: ceñudo y frío, que en un terrible instante caerá sobre la Naturaleza deshabitada. Un poema anti-cosmogónico, de poderoso cerebro y corazón franciscano.

ANTES DE LO QUE EXISTE.—Réplica antecedente de «El Gran Silencio». Descripción del nihilismo precósmico. Sobresale el minúsculo símbolo de la hierba feliz en la garganta, la imagen de la luna vacía y, sobre todo, el terceto 3: el milagro sintético de la conversión del río en la gota diminuta.

SAN RAFAEL.—El poema más delgadamente lírico de la serie. Imágenes novísimas de arquitectura concentrada en la estrofa intermedia.

MAR ABISAL.—Evoca los acuarios densos e inmóviles y la flora submarina. Es un mar que presiona sobre la conciencia; un mar filosofado y angustioso.

ORACION A LA LLAGA DEL COSTADO DE CRISTO.—Sobre el corazón del poeta han bajado los ángeles. Al conjuro de su visitación el poema ha renacido de la Edad de Oro. Palabras en rezo. Poesía sacra. Vocabulario moderno. Y una superación lírica en la quinta lira.

En la lectura de estos poemas percibiréis que Alonso Alcalde es, ante todo, el poeta de lo titanesco y de lo diminuto; del mundo de lo inconmensurablemente grande y del mundo de lo infinitesimalmente pequeño. Imaginémosle repartiendo su sentimiento poético entre los microbios y los astros.

Y concluye nuestro comentario en la justificación del título de su libro. Manuel Alonso Alcalde es, sin duda, un poeta que, arrebatado en el amor de Dios, quisiera sincronizar su verso con lo celeste al percibir como las piquetas de lo sobrenatural le golpean en el corazón. El siente en su espíritu los mineros serafines. El avanza hacia el misticismo a través de la cósmica Geografía filosofada. De ahí las evocaciones supra-terrenas del subsuelo en su libro «Los mineros celestiales».

Pastor de los torozos

Perfil salvaje, sin pulir, al vivo:
bloque, veta, guijarro, cuero o tierra;
le duelen las entrañas de la sierra
y es hosco y huidizo como un chivo.

Papel de lija y polvo masticado...
Su carne, que no siente ni se eriza,
con las botas machaca y pulveriza
la dureza del monte no pisado.

Pastor de los Torozos: caramillo
de silbidos con corte de cuchillo;
blasfemias y gruñidos las palabras;

olor agrio a resina, oveja y perro,
y piel enroñecida como hierro,
en soledad de lluvias y de cabras.

De pie en el Maladeta

Con corazón que un tiempo fué un helecho
y hoy es mina con sangre de basalto,
imposibilitado para el salto,
estoy —aquí de pie— ya piedra hecho.

Me siento unido a la montaña dura.
Sé que oprime con fuerza mi pisada
y que huyendo de angustia la mirada
—alpinista piadosa— busca altura.

Soy granito, granito solitario;
la piedra poderosa sin paisaje;
el musgo sin raices que se aferra,

y lo más hondo, el frío milenario
y el agrio profundísimo y salvaje
del rayo y del metal bajo la tierra.

El gran silencio

Será cuando de todo lo que existe,
de la hierba que huele—bienamada
del toro de ojos grandes que ya embiste—,

de la paloma que ni fué tocada,
de la corza y del ciervo, de la encina,
de la abeja y del mar, no quede nada.

Cuando árboles caídos sean ruina;
cuando pájaros secos sean tierra;
cuando fósiles selvas sean mina.

Cuando la nieve antigua de la sierra
—risa de los trineos y los pinos,
que el gozo de lo blanco desentierra—

sea granito sobre los caminos,
sin esperanza de que el sol de un día
les haga, deshelándola, marinos.

Cuando el musgo pequeño que vivía,
cuando la piedra, el monte, el surco, el lodo,
cal sean, duna seca, luna fría,

o playa sin gaviota, mar y yodo...
¡Caerá sin crines, cárdeno y pelado
el Gran Silencio entonces sobre todo,

terriblemente, locamente, helado!
Será después del mundo. ¡Qué serena
la excelsitud de lo petrificado...!

Un aire denso con sabor de arena.
Un suelo de metal hosco y vacío.
Ni latir de hoja ni mover de vena.
¡Y allí el Silencio, desolado, frío...!

Antes de lo que existe

Era cuando en el viento sin espigas
no había más que soledad que espanta,
no ramas ni hojas de la sombra amigas;

cuando el ave minúscula que canta
no era pluma sin peso como nieve,
con hierbas de alegría en la garganta;

cuando en el río vivo que se mueve
y se hace diminuto como gota
en el pico del pájaro que bebe,

no había aún orilla ni gaviota;
cuando la piel del agua no temblaba;
cuando no era la luna, tan remota,

más que un hueco en el aire que esperaba;
cuando todo, lo lívido y lo muerto,
era vacío, soledad, desierto...

¡Entonces, corazón, yo no la amaba...!

San Rafael

Viajero de la prisa
con polvo de lucero en la sandalia,
ágil de luz, de vuelos y de risa,
con caminos y viento
que el pie de carne y de dolor no pisa,
pero que andan las nubes ciento a ciento;
San Rafael, tú pones
en el camino seco, tan vacío,
tu gracia de tomillos y gorriones;
San Rafael, tú dejas,
sobre polvo, rocío
de la miel que destilan tus abejas.

¡Si fuera mío el viento
pondría, al aire suave
del lirio y del clavel, en movimiento
para tu dulce encarnadura de ave!

¡Qué solos sin tu peso los caminos!...
Y ¡qué esperanza en todos del viajero
que de livianas rutas de lucero
baje a esta dura sequedad de pinos!

Mar abisal

A este duro cristal que no se mueve
sobre los ojos fríos y salados
del pez sin corazón, que se le lleve,

para enterrar de noche a los ahogados,
la verde oscuridad sin compañía,
con algas o cabellos enredados;

que mi sangre, que vive todavía,
buscará en ese hueco silencioso
una profunda soledad vacía.

Y todo el mar, inmenso y poderoso,
pesará sobre mí sin movimiento,
haciéndome el latido doloroso.

Y los peces que tienen alimento
en la arena profunda, sin pisada,
hasta la que no llega sol ni viento,

pasarán ante mí su escama helada.
Y yo veré la mariposa intrusa
de la hélice inmóvil, naufragada,

vieja de estela, y todavía ilusa
de hacer, girando, para el agua viva,
espuma con saliva de medusa.

Y la ola que nace fugitiva,
ya, como pompa, con tendencia al vuelo,
se llevará mi corazón arriba,

y quedaré yo solo, sin consuelo,
en la angustiosa oscuridad aislada,
mudo y petrificado como hielo;

y de mi piel, tan húmeda y salada,
se soltarán las venas doloridas
¡y quedarán mis ojos sin mirada
entre estrellas de mar y anclas perdidas!

A la llaga del costado de Cristo

Herida de gacela
que flores en los juncos improvisa,
de monte en monte vuela
y dobla con su prisa
la hierba diminuta cuando pisa;

así huye sin quejas
tu corazón, tu pájaro sangrado,
que derramado dejas
sobre tu cuerpo helado
con savia de tus pámpanos regado.

Cristo el Amigo, ¡muerto
para la carne y tan de amores vivo...!
Ya tienes en tu huerto
otro clavel cautivo
que de amor se destiñe, sensitivo.

Dame su gracia herida,
las corzas de tus ojos amadores,
toda su sangre huída,
y para mis amores
dame tu corazón sangrando flores.

Yo el mío te daría
que ya, pensando en tí, yo no lo quiero.
Por dártele algún día
lo eché a volar primero
y me volvió con gracia de lucero.

Cristo el Amigo: toma
mi corazón, propicio para el vuelo,
que ya, como paloma,
no sirve para el suelo
y afanoso de amores tiende al cielo...

En el próximo cuaderno,

7 poemas de

LUIS LOPEZ ANGLADA

Ediciones ALAUDA

Aralar, 14 bis-2.º

P A M P L O N A

FUERA DE VENTA